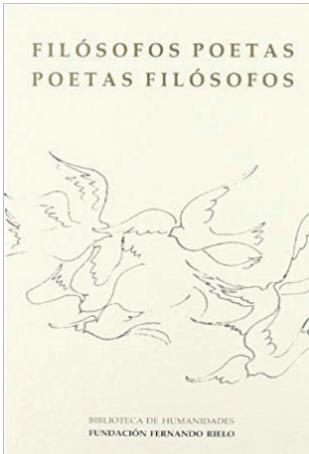


Filósofos-poetas, poetas filósofos.

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS, JOSÉ SEGURA MUNERA,
ANTONIO PÉREZ QUINTANA, JUANA SÁNCHEZ-GEY VE-
NEGAS, RAFAEL FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, JUAN MANUEL
DÍAZ TORRES, ÁNGEL CASADO MARCOS DE LEÓN, JOAQUÍN
BENITO DE LUCAS, NILO PALENZUELA, GORETTI RAMÍREZ;

Fundación Fernando Rielo
Madrid, 2011,
ISBN: 84-86942-74-8



La relación entre filosofía y poesía siempre ha sido cercana: desde los versos presocráticos de Parménides hasta las reflexiones heideggerianas sobre Hölderling o la razón poética de Zambrano. Este estudio viene a mostrar-demostrar la íntima vinculación entre ambas actividades del espíritu. Para ello, se recogen las aportaciones de un nutrido grupo de expertos que se reunieron en La Laguna, en el 2006. La fundación Fernando Rielo, junto con la Universidad de la Laguna, lleva a cabo en este sentido una labor impagable de promoción de la poesía filosófica o filosofía poética, tan necesaria en nuestros días.

El primer artículo, de Luis Miguel Pino, experto en griego, nos propone reflexionar sobre Píndaro y Parménides: el primero es un poeta con tremenda hondura filosófica (quién no recuerda las frases pindáricas de “el hombre sueño de una sombra”, o “llega a ser el que eres”); el segundo es un filósofo con tremenda hondura poética. El extenso trabajo del profesor Luis Miguel Pino es una guía excelente para quien quiera sumirse en las reflexiones poéticos-filosóficas de estos dos autores, porque en los apéndices

Pino nos presenta los textos directos de ambos. Si como dice Píndaro “en cada acción existe una medida: captarla es propio del momento óptimo” (pg. 56), este artículo capta la medida de poesía y filosofía que deben mezclarse para dar a la luz obras inmortales.

José Luis Segura estudia la relación entre la actualidad mística y San Juan de la Cruz. El autor justifica la actualidad de lo místico afirmando que “tal vez se pueda vivir sin Dios ni religión pero, parece más evidente, no sin realidad ni referencias” (pg. 84). A partir de ahí nos propone un ejercicio de introspección sobre las propias emociones partiendo de los textos de San Juan. A continuación hace una presentación extensa del fenómeno místico tal como actualmente se estudia; presentación quizá demasiado larga porque intenta abarcarlo todo: desde la historia de la espiritualidad a la neuroteología. Al final siempre se corre el riesgo de aunar en un concepto genérico experiencias muy distintas (la oración mental teresiana con la Meditación Trascendental); sin embargo, siempre es útil el intento. Muy interesante la referencia a Zubiri (pp. 115-116) quien en su reflexión sobre Dios se cuidaba mucho de presentar un Dios lejos de la cosificación aristotélica, poco apta para místicos. La última parte del trabajo presenta las obras poéticas de San Juan, con un conocimiento profundo sobre la crítica textual de las mismas.

Antonio Pérez nos recuerda el intento heideggeriano de alcanzar un nuevo comienzo mediante el pensar poético. En una época de indigencia ontológica, de entificación del ser, necesitamos poetas que llamen nuevamente a las cosas por su nombre, y por ello recurre Heidegger a la poesía griega y alemana (Hölderling). La poesía nos libera del hechizo del pensar objetivable y nos abre al pensar meditativo. La poesía y la filosofía desocultan la realidad y la hacen venir a presencia (pg. 158). En definitiva, tanto el filósofo como el poeta se ponen a la escucha de lo que la realidad dice. Volver a los poetas (griegos, alemanes, o de cualquier tradición) permite volver al comienzo del pensar mismo, y se abre la posibilidad de un nuevo comienzo que no derive en el ocultamiento del ser por el ente.

Juan Sánchez-Gey presenta la figura de Fernando Rielo, poeta y filósofo, cuya fundación posibilitó la aparición del presente volumen. Este profundo creyente, fundador de un instituto religioso, concibe a la persona como misterio, lo que le permite abordarlo desde las dos orillas de la poesía y la filosofía. La filosofía de Rielo gira en torno a los conceptos de Absoluto (Dios) y su concepción genética de la persona (una persona se define por otra persona), con una tendencia hacia el éxtasis y la unión con el Absoluto. La poesía de Rielo intenta plasmar en verso libre esta suprema aspiración de la criatura, dentro de la mejor tradición mística.

Rafael Fernández estudia la figura de Unamuno, que no podía faltar en un volumen dedicado a la filosofía y la poesía, aunque aquí se nos ofrecen más bien unas

reflexiones en torno al teatro unamuniano. Este teatro es calificado por Fernández como pre-existencialista (pg. 192), aunque nosotros preferiríamos evitar el “pre-”, debido a la grandísima afinidad de fondo y de forma con Sartre. Tras analizar las circunstancias históricas del teatro de Unamuno el escrito finaliza con cierto ex abrupto, que nos confirma el post-scriptum añadido al final.

Juan Manuel Díaz nos habla de las imágenes poéticas de Sciacca, autor tan conocido en su tiempo cuanto injustamente desconocido en el nuestro. Este pensador italiano critica la funcionalización de la razón, en la línea de Heidegger. Se hace necesaria una nueva concepción de la razón que no sólo se preocupe de los medios, sino también de los fines. Por ello, le atrae tanto la figura del Quijote, el quijotismo como forma de vida, más allá de la parodia original de Cervantes, y en consonancia con las interpretaciones unamunianas del hidalgo manchego. Los tres textos de Sciacca, espiritualista cristiano, que se reproducen al final (tradicción, modernidad, postmodernidad) son un lúcido análisis-testamento del filósofo italiano: agradecemos al autor del artículo el habernos facilitado su acceso.

Ángel Casado se fija en la figura de José Martí, poeta de hondura filosófica, como todo auténtico poeta, de profunda coherencia entre su pensamiento y su acción. Tras presentarnos una breve semblanza biográfica se estudia su pensamiento filosófico: la originalidad individual y colectiva ligada a su circunstancia hispanoamericana. Lo mismo cabe decir de sus reflexiones sobre la libertad: “Yo sé de un pensar profundo/ entre las penas sin nombre: ¡La esclavitud de los hombres es la gran pena del mundo!” (p. 241). Por último, pasa revista a sus poemarios y su profunda vinculación con el pueblo, que es lo que en definitiva le ha consagrado como poeta popular en el más hondo sentido del término.

También tenemos en este volumen la transcripción de la mesa redonda que tuvo lugar en dichas jornadas. Ángel Casado abunda en la vinculación entre poesía y pensamiento en Martí; Juan Manuel Díaz pone el punto de encuentro entre estos dos mundos en las idénticas preocupaciones; Joaquín Benito concreta más este punto común de partida: el asombro; Luis Miguel Pino ahonda en la tradición griega que tan bien supo unir y dio nombre a la filosofía y a la poesía; Rafael Hernández presenta de nuevo la concepción unamuniana del teatro, fuera de lo comercial pero que intenta llegar a la entraña de lo humano. La mesa redonda se va poniendo interesante según avanza, como cuando Joaquín Benito aboga por la sabia mezcla de San Juan de la Cruz entre el mundo divino y el profano (que ejemplifica discutiblemente con la identificación de las ninfas de Judea con las prostitutas de Salamanca). Manuel Galiana apunta que lo interesante de los griegos es que dieron con el método de comunicación adecuado de las eternas preocupaciones de los hombres.

Joaquín de Benito, en su trabajo sobre Juan Ramón Jiménez, nos habla de la íntima conexión de la poesía con la existencia del autor: la poesía sería como el comentario a la vida del autor, sin cuya referencia el texto queda indescifrable. Pero esto, tan personal, es lo que permite que los temas sean universales: tiempo, espacio, naturaleza, religión, muerte, etc. (pg. 280). Así, Benito nos presenta el íter vital de Juan Ramón Jiménez como clave de comprensión de sus poemas. A pesar del cuño vivencial de su poesía, acuden a su pluma reflexiones profundamente filosóficas: “Que la palabra sea la cosa misma, creada por mi alma nuevamente” (pg. 289). Se nos ocurre que el progresivo desnudamiento de su poesía, de su forma de expresión, buscando cada vez mayores grados de pureza, tienen su evidente analogía con la fenomenología husserliana, que avanza en un continuo despojarse de las teorías en busca de las cosas mismas.

Nilo Palenzuela habla de la energía poética y la seducción filosófica, a propósito de las relecturas que se han ido haciendo de San Juan de la Cruz, sobre todo en el S. XX. El caso concreto da pie para hablar de la liberación de energía que proporcionan los poetas una vez han sido desencapsulados de su tiempo y circunstancia histórica. Comenta a propósito de esto la propuesta que Elizondo hace en un texto titulado *Anapoyesis*, a propósito de Mallarmé. El texto de Palenzuela, de indudable valor literario, requeriría una serie de matizaciones desde la filosofía para las que nos faltaría espacio.

Goretti Ramírez, en el último texto que conforma este volumen, nos presenta a María Zambrano, que tampoco podía estar ausente en este coro de filósofos poetas. En efecto, Zambrano, con su elaborada búsqueda de una razón poética, supo encontrar un ámbito de aplicación inesperado a la teoría de la razón vital de Ortega. La poesía y la filosofía para ella son una misma cosa, y ambas tienen que ver con la revelación de la realidad (pg. 318). El descubrimiento más interesante que nos presenta Goretti son unos breves poemas de Zambrano, sorprendentemente inéditos para la filósofa que se pasó la vida hablando de la profunda confluencia entre filosofía y poesía: “Agua ensimismada”, “Merci bien”, “Delirio del incrédulo”, “A mi Ángel” o “Habla una piedra”.

Invitamos a la lectura de este volumen en primer lugar a todos aquellos que se sientan pensadores (filósofos) y creadores (poetas). Pero como los temas tratados aquí son tan viejos como el hombre mismo (pensador y creador desde al alba misma de la humanidad), el libro no es ajeno a nadie que se considere hombre. Ojalá esta obra y otras similares nos permitan seguir pensando (filosofía) y cantando (poesía) los eternos problemas del humano vivir.

JAIME VILARROIG MARTÍN